

DE LA IMAGOLOGÍA Y LA SOCIOLOGÍA AL ENSAYO

Carolina Lizcano
Universidad Central de Venezuela
caroyjerry@gmail.com

RESUMEN

El propósito del presente artículo es analizar dos ensayos de Miguel Ángel Campos: «El observador sudamericano», texto que forma parte del libro *La imaginación atrofiada* (1991), y «Nosotros» (2005a). En el primero, Campos toma las notas del diario de Francisco de Miranda, en un viaje que hace a Estados Unidos en 1783, y las analiza desde una óptica literaria. La percepción de Miranda sobre la sociedad anglosajona no siempre apunta a destacar aspectos positivos, más bien observamos una fuerte crítica hacia el comportamiento social, el irrespeto de las jerarquías políticas y el limitado bagaje cultural de sus miembros. Al respecto, nos interesa examinar la percepción de Miranda desde el campo de la imagología, área que estudia la construcción de la imagen del Otro a través de la apreciación positiva o negativa del que mira. Para ello, nos apoyamos en los postulados teóricos del comparatista francés Daniel-Henri Pageaux y de la crítica literaria Nora Moll. En segundo lugar, Miguel Ángel Campos realiza una descripción crítica de la sociedad venezolana en el ensayo «Nosotros» (2005a). En dicho texto se describen las consecuencias poco favorables que han dejado los cambios históricos y políticos del país, los cuales han terminado por influir en el comportamiento un tanto costumbrista del venezolano. Si bien aquí no es posible aplicar el método imagológico, observamos similitudes en el tono crítico empleado por parte de Francisco de Miranda y del ensayista al momento de evaluar ciertos comportamientos sociales.

PALABRAS CLAVES: ensayo, sociología, imagología, percepción.

ABSTRACT

The goal of this article is analyzing two essays of Miguel Ángel Campos: «El observador sudamericano», included in the book *La imaginación atrofiada* (1991), and «Nosotros» (2005a). In the first text, Campos addresses the annotations penned by Francisco de Miranda in his diary, regarding his travel to the United States in 1783, and analyzes them from a literary perspective. Miranda's perception about the English-speaking society not always highlights positive aspects; rather it is noticed a strong criticism of social behavior, the disrespect to the political hierarchies and the scarce cultural background of its members. To examine Miranda's perception on this subject, we use the approach of imagology, a field which studies the construction of the Other's image through the positive or negative appreciation from who looks at. We are based on the theoretical proposals of French comparatist Daniel-Henri Pageaux and the ones of the literary critic Nora Moll. In second place, Miguel Ángel Campos describes critically the Venezuelan society in his essay «Nosotros» (2005a). This text pictures the unfavorable consequences of the country historical and political changes, which have influenced the rather *costumbrista* behavior of the Venezuelan people. Although here's not possible to apply the imagological method, some resemblances can be detected between the critical tone used by Francisco de Miranda and the tone used by Campos when evaluating certain social behaviors.

KEYWORDS: essay, sociology, imagology, perception.

El género del ensayo ha sido ampliamente discutido en el área de la literatura, poniendo de manifiesto variados puntos de vista: para algunos carece de un conjunto de aspectos formales válidos, para otros posee características propias que le permiten diferenciarse, por ejemplo, de la novela y de la poesía. Cualquiera sea la postura, es innegable su principal función: despertar la capacidad reflexiva en el público lector. En este sentido, no se puede dejar a un lado la importancia del ensayista, en quien recae la delicada labor de exponer ideas no siempre dirigidas a exaltar determinados aspectos, pues en ocasiones su forma de argumentar o el lenguaje empleado pueden resultar punzantes y provocar molestias en los lectores.

Precisamente, las características mencionadas en el párrafo precedente sirven para describir, grosso modo, el estilo del ensayista venezolano (también sociólogo) Miguel Ángel Campos. La mayoría de sus trabajos apuntan a una descripción de la sociedad venezolana tomando en cuenta el impacto que el contexto histórico y político del país tiene sobre ella, siendo el tema del petróleo uno de los que más examina. Al respecto, resulta interesante el prólogo del libro *Desagravio del mal* (2005b) donde Campos presenta imágenes del entorno de los campos petroleros que desde niño le producen angustias: a muy temprana edad podía precisar marcadas diferencias en el paisaje del estado Zulia donde confluían la desolación y el caos.

Interesados en su particular percepción y, sobre todo, en la descripción que lleva a cabo de la sociedad venezolana, hemos decidido analizar «El observador sudamericano», primer texto que forma parte del libro *La imaginación atrofiada* (1991). En él, el escritor analiza, desde una perspectiva literaria, el viaje emprendido por Francisco de Miranda a Estados Unidos y la impresión –un poco amarga– que el prócer tiene de la sociedad anglosajona. De la obra, estudiaremos cómo la percepción de Miranda puede ser analizada desde el campo de la imagología, disciplina para la cual la construcción de la imagen del Otro deja colar una percepción positiva o negativa del que mira, es decir, el observador emite juicios de valor cuya exteriorización permitirá determinar si acepta, rechaza o considera inferior la cultura distinta. Todo esto con la finalidad de encontrar algunas semejanzas en el tono crítico empleado por Miranda, primero, y por Miguel Ángel Campos, luego, en el ensayo «Nosotros» (2005a). Tomaremos en consideración dicho ensayo con el propósito de observar cuáles características representan el modo de ser de los venezolanos, desmintiendo ciertas ideas que intentan mostrarlo como

un ser capaz de participar de manera armónica en la sociedad o de tener un carácter conciliador.

Antes de iniciar el análisis, se hace necesario mencionar algunos aspectos relevantes de la imagología. En primera instancia, esta disciplina se encarga de reconocer imágenes donde es posible apreciar la relación entre miembros de culturas distintas –aunque no siempre debe ser así– para examinar el desenvolvimiento del trato entre ellos. Según Nora Moll, la imagología se interesa en «aquellos textos por los que una cultura se define creando consciencia de sí y conocimiento del otro» (en Gnisci, 2002: 349). En segundo lugar, las actitudes de aceptación o de rechazo responden a procedimientos de valoración o incluso de posibles jerarquizaciones, reconocibles a través de ciertas actitudes mentales. En consecuencia, si en la valoración de la cultura extranjera se percibe una continua exaltación del modelo que ella proyecta, se hablaría de *manía*. Por el contrario, si estas costumbres son rechazadas por considerarlas poco refinadas y/o carentes de civilidad, se hablaría de *fobia*. No obstante, la situación no es maniquea, pues es posible encontrar casos de *filia* cuando las particularidades de la Otra cultura son reconocidas simplemente por lo que representan y no hay intención de superponer la propia ni la distinta.

Asimismo, Daniel-Henri Pageaux, comparatista francés reconocido por sus importantes aportes en el área de la imagología, propone un modelo teórico compuesto de tres niveles de análisis que nos ayudarán a identificar cuáles actitudes se ponen de manifiesto al momento de ver y de interactuar con el Otro. El primero es el análisis lexical; en él se lleva a cabo una identificación de palabras claves para evaluar el comportamiento del que mira, pues el vocabulario permite determinar si se diferencia de los miembros de la otra comunidad, interactúa con ellos o si su percepción está permeada de exageraciones.

El segundo se apoya en la identificación de estas palabras con el propósito de detectar cuál posición asume al momento de referirse al Otro; estos principios organizativos serán de ayuda al momento de identificar algún tipo de relación jerarquizada. Finalmente, el nivel de interpretación es la fase más compleja de todo el proceso porque deja de ser esquematizado para dar paso a una lectura de lo encontrado precedentemente y, para ello, es necesario tener consciencia del entorno histórico, social y cultural de una determinada comunidad.

«El observador sudamericano» es un ensayo de Campos que analiza las notas del diario de Miranda sobre un viaje que el llamado «precursor de la independencia» hizo a los Estados Unidos en 1783. Según lo afirma el diarista, las razones del mismo estaban vinculadas a una necesidad de apartarse del ambiente político venezolano. En principio, el viajero se siente atraído por las novedosas estrategias militares norteamericanas que le permitieron a aquel país independizarse de la corona británica. Además, el modelo civil de la sociedad se perfilaba como el más avanzado para la época. Sin embargo, estas primeras impresiones, aunque parecieran denotar *filia*, cambian de forma radical cuando Miranda se adentra en dicha sociedad, es decir, cuando la interacción con la otra cultura y sus prácticas sociales le resultan incompresibles hasta el grado del disgusto. Por medio de su observación, casi de tipo sociológica, es posible percibir una actitud de *fobia* porque considera inaceptable el conjunto de valores, el trato tan «amigable» entre los ciudadanos, para los cuales el esquema de jerarquización social es transparente. Así, la percepción de Miranda oscilará entre fobia y, muy contadas veces, filia.

Algunas de las descripciones anotadas en el diario demuestran una percepción claramente negativa. Tomemos como ejemplo la recurrencia del término *quáker*; por una parte, Miranda lo emplea para criticar esa forma de actuar apegada a la norma sin darle importancia al propio pensamiento. Por otra, cuando se refiere a las iglesias católicas deja en evidencia el marcado gusto artístico de aquellas edificaciones, muy diferentes a las despojadas estructuras *quákeras*. El manejo del tema religioso en el país extranjero le produce impresión al percatarse de la actitud racista de los pastores presbiterianos cuya ideología esconde una doble moralidad. Por ello, apreciamos un discurso peyorativo cuando critica lo que a su parecer son sermones completamente desprovistos de importancia y termina por comparar a estos pastores con animales que «rebuznan».

Por lo que respecta al resto de la sociedad, el diarista no admite la posibilidad de igualitarismo entre la ciudadanía, pues le resulta un comportamiento inaceptable debido a su linaje aristocrático. Un ejemplo de ello es la descripción del encuentro gubernamental donde había personas de distintos estratos sociales; allí se nota el rechazo hacia

quienes desempeñaban oficios menores: «gente destituida de principio y educación, pues uno era sastre, desde hace cuatro años, otro *galafate*, otro herrero» (en Campos, 1991: 16).

Ya en el segundo nivel de análisis, los ejemplos citados nos sirven para apreciar la posición de superioridad asumida por Miranda. Si bien el país norteamericano en un principio representa un modelo de modernidad, al evaluarlo con detenimiento se percata de una aparente carencia de valores donde la ausencia de un escalafón social ha propiciado una mescolanza entre los ciudadanos que no favorece las bases políticas del lugar. De acuerdo con las observaciones de Miranda, este modelo democrático también se ve en peligro por la falta de instrucción educativa que ha permitido a *farmers*¹ llevar las riendas del país recién unificado.

En cuanto al papel de los esclavos y de la servidumbre se muestra aún más inflexible. A su parecer, ellos deben ocupar un puesto determinado, son útiles si hacen sus labores de manera diligente, cumpliendo con altos estándares de eficiencia sin olvidarse, claro está, de respetar las formalidades necesarias. De igual forma se siente sorprendido al apreciar el funcionamiento de una sociedad en la cual la prestancia de la figura del amo no tiene significado alguno. Para él es inadmisibles pensar en la configuración de un país donde se ha perdido el prestigio elitescos.

Siendo Francisco de Miranda un hombre inteligente y para quien la erudición formaba parte esencial de su intelecto, ve con asombro la ignorancia que caracteriza a la mayoría de los ciudadanos norteamericanos. En su opinión, las funciones del estado deberían quedar reservadas únicamente a una élite intelectual. Le resulta incomprensible el poco conocimiento que los individuos de aquellas regiones tienen del mundo, para ellos no hay nada más allá de sus horizontes. Agregaríamos también el desconocimiento de lo propio: esas poblaciones apartadas de la vida política han optado por la vía del aislamiento, demostrando otra faceta de esa sociedad, el individualismo: «porque en dicho lugar no estilan convidarse unos a otros, la sociedad está desterrada y cada uno se encierra en su casa a gozar los placeres domésticos que llaman ¡con su pan se lo coman!» (en Campos, 1991: 17). No obstante, donde hay pleno reconocimiento del éxito del modelo social anglosajón es en la efectividad de su economía.

¹ Campesinos.

La meticulosa evaluación de la Otra cultura llevada a cabo por Francisco de Miranda nos permite reconocer los prejuicios que condicionan su pensamiento. Él proviene de una cultura influida por el modelo español cuya característica principal en aquella época era ubicar a cada miembro de la sociedad en su lugar correspondiente; para la aristocracia no es permisible la mezcla entre personas. A los esclavos los ve como un peligro que amenaza el desarrollo histórico de Estados Unidos, pues el único tipo de interacción posible con ellos es la de amo/servidumbre. En este sentido, también se preocupa por las transformaciones sociales de Venezuela cuando se da cuenta del surgimiento de nuevos ricos. Por otra parte, el tema de la erudición es considerado un valor distintivo y, por ello, sólo a los más preparados les corresponde ejercer cargos importantes.

A pesar de ser un hombre cuyo interés lo motiva a buscar aspectos modernos en otros lugares, siempre termina condicionado por el modelo elitista que lo constriñe.

VENEZUELA DESDE ADENTRO

Hasta el momento nos hemos apoyado en el modelo de análisis imagológico, pero en este apartado no es posible aplicar los mismos criterios porque en el ensayo «Nosotros» Miguel Ángel Campos asume el papel de observador de su propia sociedad. No obstante, como explicaremos más adelante, encontramos similitudes en el tono crítico empleado por Francisco de Miranda y en el del ensayista-sociólogo al momento de evaluar ciertos comportamientos sociales.

El escritor toma como punto de partida el libro *Las crisis de la Venezuela contemporánea* (1998) de Manuel Caballero. De allí critica el interés de Caballero en resaltar lo culturalmente venezolano apelando sólo a aspectos positivos. Según la percepción de Campos, el Estado venezolano se ha convertido en una instancia *todopoderosa* encargada de facilitar la vida de los habitantes del país a su cargo. En consecuencia, impera una actitud de comodidad por parte de los ciudadanos quienes tienden a pensar que ante cualquier eventualidad será el Estado el ente competente para resolverla. En efecto, ese Estado no ha sido capaz de delegar o de instruir a la población para hacerla entender la diferencia entre dependencia y responsabilidad.

Esta actitud ha caracterizado nuestra historia, trayendo como resultado el de convertir al Estado en el centro de la existencia ciudadana, al punto de que todo aquello ubicado en la periferia de su influencia deberá abrirse espacio de manera individual: «todo lo que evolucione fuera del escenario de los intereses estatales se obliga hacerse su propia biografía» (Campos, 2005a: 8). Parecería que si el éxito individual no está ligado o, por lo menos, en consonancia con los intereses de la institución todopoderosa se halla condenado al aislamiento. Las observaciones del ensayista nos ponen frente a un espejo cuyo reflejo se va formando a partir de esa necesidad, casi histórica, de apegarnos a un ente que asume la figura de un padre protector. Sin embargo, a veces olvidamos que también de él hemos heredado rasgos desfavorecedores.

Otra crítica de Campos gira en torno al desconocimiento histórico. De acuerdo con sus apreciaciones, el libro de Caballero elogia el período presidencial de Guzmán Blanco debido a las infraestructuras creadas durante su mandato; todo lo anterior al lapso de hegemonía del llamado «ilustre americano» ha sido puesto bajo la sombra del olvido. En este sentido, Campos se vale de un tono sarcástico para comparar estos cambios con una «mudanza a un lugar mejor ventilado» (*ibidem*: 9). Así pues, el tema histórico sirve para hacer creer que la sociedad venezolana se caracteriza por no actuar de forma violenta; aquellas luchas que contribuyeron a la formación del país en el siglo XIX quedan en lugar lejano, el período pacificador del siglo siguiente es el que se toma en cuenta para etiquetarnos bajo un rótulo del cual se han suprimido los rastros de violencia.

No obstante, el ensayista cita sucesos violentos cercanos o simultáneos a nuestro tiempo, los cuales terminan como largas listas de personas desaparecidas bajo circunstancias desconocidas o, simplemente, como víctimas del hampa. Para ilustrar estas reflexiones históricas, Campos se apoya en algunas imágenes de la novela *Los adolescentes* (1957), de Augusto Mijares.

De modo pues que Campos desarticula la creencia —expuesta por muchos otros ensayistas— del venezolano pacifista, pero también da al traste con aquellas ideas relacionadas con nuestro supuesto igualitarismo (tan popular en los últimos años). Para ello, el escritor toma el ejemplo de la Guerra Federal, socorrida muestra de inicio de esa aparente inclusión: «La Guerra Federal, con su slogan que prometía pasar a cuchillo a todo aquel que fuera blanco y supiera

leer» (*ibidem*: 11). Con lo cual queda demostrado que algún tipo de mérito obtenido y cultivado de forma individual se convierte en un elemento capaz de confinar al individuo. En apariencia, la sociedad venezolana se figura como no clasista, pero resulta difícil aceptar esta idea en un país donde el obtener cualquier tipo de control o poder transforma la actitud de «los privilegiados», quienes entonces se entronizan en un pedestal.

Según el punto de vista de Campos, el Estado democrático venezolano acumula muchas faltas. En principio, se llega a la democracia gracias a la fuerza y se deja a un lado el sentido cívico. En segundo lugar, nuestro eje sostenedor se apoya en convenios. No obstante, a pesar de formar parte de las relaciones diplomáticas internacionales, se pierde credibilidad al suscribir pactos de concordia y civilidad con otras naciones cuando esos contratos no se cumplen en el seno de nuestra propia sociedad.

Respecto del sujeto social, estamos de acuerdo con el planteamiento de Campos: es indispensable incentivar el individualismo no de forma egoísta sino como medio de superación para tomar consciencia de las responsabilidades que se deben asumir. De esta forma se lograría acabar con la imagen de pereza y, sobre todo, de comodidad del venezolano. El camino hacia la transformación del comportamiento ciudadano requiere de más esfuerzo.

El tema del petróleo es también discutido en «Nosotros». En otro de sus libros, *Desagravio del mal*, Campos sostiene: al «petróleo (...) se le ha construido una identidad donde hay mucha economía, poca sociología, y una literatura más bien raquítica» (2005b: 6). Su intención no es la de asumir una posición de juez para culpar el surgimiento de este recurso como el responsable de las fallas en una sociedad cuyas soluciones vienen por medio de la vía del facilismo; su propósito no es buscar excusas sino examinar el origen del problema. Para el sociólogo, tanto la riqueza derivada del petróleo como su torpe manejo administrativo han creado la ilusión de que somos un país rico donde el igualitarismo brilla como uno de los más visibles aportes de desarrollo social. Sin embargo, es evidente que se trata de una simple promoción mediática: el país pacifista e integrador es una entelequia, según demuestra Campos al hacer la requisitoria de nuestra cotidiana e histórica violencia político-social.

Las verdaderas características de lo culturalmente venezolano se revelan, más bien, en una serie de antivalores: descortesía, desconfianza, facilismo. Por ello, no es de extrañar que para algunos el petróleo sea el causante de la distorsión social cuando, en realidad, la historia del país nos recuerda que se trata de cargas con las cuales seguimos lidiando. El «oro negro» se convierte en una excusa para justificar los desparpajos del carácter del venezolano; con todo, no ha habido un verdadero provecho de las ventajas económico-sociales del mencionado recurso, esto es, acabar con la dependencia de los ciudadanos del Estado. De acuerdo con Campos, el resultado de esta dependencia no es otro que un comportamiento (in)civil de sometimiento y disimulo.

Así, la creencia de que vivimos en un país moderno es pura ilusión. La insistencia de vender el prototipo de un pueblo rico, cívico y culto se basa en la ambición, en el ventajismo de los protagonistas encargados de llevar a cabo el ejercicio de gobierno. Da la impresión de que el país se nutre de malos hábitos y no de valores positivos. Por consiguiente, debe generarse un cambio de comportamiento, es necesario abandonar la creencia de que la vida pública es importante, pues ésta no ha aportado ningún tipo de beneficio; por el contrario, nos ha convertido en una sociedad de apariencias donde las obligaciones ciudadanas se dejan en manos de otros, por lo común, los menos competentes.

DE LA SOCIOLOGÍA AL ENSAYO

A pesar de existir una notable distancia temporal entre las observaciones hechas por Francisco de Miranda y las de Miguel Ángel Campos, tomando en cuenta, también, la evidente diferencia entre el tipo de texto trabajado (el primero escribe notas en un diario; el segundo trabaja un ensayo), observamos ciertas similitudes en el tono crítico de argumentación e incluso algunas coincidencias con respecto a la evaluación de determinadas temáticas. En primer lugar, el estilo de ambos se caracteriza por ser mordaz, sobre todo al momento de reconocer las debilidades que afectan a las sociedades objeto de estudio; además el lenguaje es directo y no reparan en formalidades para estilizar el mensaje. En el caso de Campos podríamos añadir que su estilo ensayístico está dirigido a un tipo de

lector específico, pues las referencias políticas, históricas o culturales muchas veces no se detallan.

En segundo lugar, el tema de la educación, del igualitarismo (o de la mescolanza, como lo califica Miranda), de la política, les genera grandes preocupaciones. Según sus argumentos, los cambios surgidos en las sociedades modernas, más allá de representar un avance con el fin de fortalecer las bases de cualquier país, parecieran conducir a un caos donde aquellos cuya preparación es comprobable no tiene valor. Es así como notamos el disgusto que siente Francisco de Miranda al ver la falta de seriedad en el comportamiento de los miembros de la asamblea norteamericana; por su parte, Campos critica la actitud de excesiva confianza con la cual un joven apenas graduado de la universidad pretende dirigirse a personalidades reconocidas sin ninguna fórmula de cortesía.

Con relación al tema de la política, la nación anglosajona ha quedado en manos de las personas menos preparadas; en Venezuela, por el contrario, recaen sobre el Estado todas las responsabilidades de sus ciudadanos, quienes en un momento dado lucharon por independizarse de la corona española, pero terminaron por perpetuar una actitud dependiente.

Tanto el ensayista como «el observador sudamericano» demuestran preocupación por el surgimiento de potentados (nuevoriquismo). Para nuestro observador es preocupante el crecimiento de los nuevos ricos de las bodegas caraqueñas porque se trata de una riqueza no heredada gracias a un título nobiliario. Para el ensayista Campos, por su parte, es inquietante la falsa imagen de adinerados propagada en la sociedad venezolana debido a la explotación petrolera, lo cual termina por reafirmar el sentido de dependencia. Sin importar la época desde la cual se mire, la sociedad venezolana es evaluada bajo la lupa de la desconfianza y de la desesperanza.

El ensayo de Miguel Ángel Campos evidentemente genera reacción, pues esa voz del yo –característica del género– intenta hacer reflexionar al lector por medio de consideraciones que lo lleven a profundizar en el origen de determinadas creencias. Por tal motivo, el texto se apoya en fuentes literarias e históricas para explicar la repetición de ciertas actitudes a través del tiempo; claro está, bajo condiciones distintas.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Campos, M. A. (1991). *La imaginación atrofiada*. Caracas: Monte Ávila.
- Campos, M. A. (2005a). Nosotros. En *La fe de los traidores* (pp. 7-20). Mérida: Instituto de Investigaciones Literarias «Gonzalo Picón Febres», Universidad de Los Andes.
- Campos, M. A. (2005b). *Desagravio del mal*. Caracas: Fundación Bigott.
- Moll, N. (2002). Imágenes del «otro». La literatura y los estudios interculturales. En A. Gnisci (comp.). *Introducción a la literatura comparada* (pp. 347-389). Barcelona, España: Crítica.
- Pageaux, D. (1994). De la imaginería al imaginario (pp. 101-131). En P. Brunel. P e Y. Chevrel (comps.). *Compendio de literatura comparada*. Madrid: Siglo XXI.